1

Los cerdos no vuelan

Aparte de la Navidad y otras fiestas señaladas, los «días de asueto» eran las fechas más esperadas por todos nosotros: primos y primas, tíos y tías.

Para los adultos, el «día de asueto» era el único domingo al mes en que se liberaban de su prole. La impaciencia de la espera se reflejaba en lo temprano que *amma* nos despertaba a mi hermano, a mi hermana y a mí cuando por fin llegaba la fecha. A diferencia de los días de colegio, en los que *amma* nos dejaba remolonear un rato, en los días de asueto debíamos apresurarnos con los preparativos matinales. Después, tras un desayuno rápido, nos llevaban a casa de nuestros abuelos.

Lo primero que advertíamos al entrar en casa de los abuelos, tras sacudirnos los pies en el felpudo con mucho cuidado, era el oscuro pasillo que la recorría, con los dormitorios a un lado y el salón y el comedor al otro. Ese pasillo, con sus viejas fotografías en las paredes y un techo tan alto que hacía retumbar nuestros pasos, me daba un poco de miedo. El salón donde nos hacían pasar para presentar nuestros respetos a los abuelos también era oscuro y olía como la ropa vieja que lleva mucho tiempo guardada en una maleta. Allí nos recibían *ammachi* y *appachi* en grandes sillones reclinables que parecían tronos. Por lo general, *appachi* levantaba la vista del periódico y decía con aire distraído: «Ah, hola, hola», y volvía a esconderse, pero *ammachi* siempre nos llamaba con los dedos índice y corazón. Nos acercábamos a ella con las piernas algo temblorosas y con la imagen de las grandes varas que guardaba

detrás de su alto *almariah* grabada en la cabeza. Nos agarraba la cara con las manos regordetas y, uno a uno, nos iba dando besos húmedos en las mejillas mientras decía: «Dios me ha bendecido con quince nietos que me cuidarán cuando sea vieja». Olía a aceite de coco rancio y siempre me hacía daño en el pómulo con el *mukkuthi* de diamante que llevaba en la nariz.

Cuando por fin se marchaban los tíos y las tías despidiéndose alegremente de nosotros con la mano desde las ventanillas del coche, les devolvíamos el saludo sin fingir tristeza alguna. Por un bendito día al mes escapábamos del control parental y de los ojos atentos y las lenguas chismosas de los sirvientes.

Por desgracia, no nos abandonaban del todo, como nos hubiera gustado. *Ammachi* y Janaki se quedaban, en teoría, al mando. Janaki, obligada a cocinar para quince personas más, disponía de poco tiempo para vigilarnos y prefería no tener absolutamente nada que ver con nosotros. Si la llamábamos para resolver una pelea, venía como un rayo, con las manos rojas de triturar curri, y abofeteaba al primero que se cruzaba en su camino. Enseguida aprendimos que a Janaki solo se la llamaba en casos muy urgentes. Eso sí, a quien no había que llamar bajo ningún concepto, según un acuerdo tácito, era a *ammachi*. Al igual que las diosas de la tierra en la leyendas populares, su tranquilidad no debía ser perturbada. Molestarla podía ser la causa de un terremoto catastrófico.

Para minimizar las intromisiones de *ammachi* y Janaki, habíamos desarrollado un sutil sistema de gestión de conflictos y resolución de peleas. La estructura del sistema se basaba en dos elementos: la territorialidad y el liderazgo.

Desde el punto de vista del territorio, la zona que rodeaba la casa de mis abuelos se dividía en dos. El jardín delantero, el camino y el campo que se extendía frente a la casa pertenecían a los niños, aunque ese grupo incluía a mi prima Meena. En él luchaban por el poder dos facciones, una encabezada por Meena y la otra por mi hermano Varuna, que recibía el mote de Diggy-Nose, o simplemente Diggy, debido a su costumbre de meterse el dedo en la nariz.

El segundo territorio se llamaba «el de las niñas», en el que, no obstante, estaba yo, un niño. Era hacia ese territorio de las

chicas, limitado al jardín trasero y el porche de la cocina, donde yo parecía haber gravitado de manera natural, ya que mis primeros recuerdos de aquellos días de asueto siempre se desarrollaban en aquel jardín trasero de la casa de mis abuelos. Me resultaba incomprensible el placer que sentían los niños al pasarse horas en un campo de críquet, bajo el sol abrasador, viendo a los bateadores correr de una línea a otra.

Para mí, la principal atracción del territorio de las niñas era su potencial para el juego libre. Debido al poder de mi imaginación, me eligieron como líder. Fuera cual fuera el juego, ya se tratara de imitar las tareas domésticas de los adultos o de representar un entrañable cuento de hadas, siempre era yo quien descubría nuevas formas de animarlo o quien le daba nuevos giros a la trama. Guiadas por mí, las primas efectuaban una redada en el cesto de la ropa sucia y descubrían, en aquella búsqueda del tesoro maloliente, saris, blusas, sábanas y cortinas con los que inventábamos los disfraces que completaban nuestros viajes imaginarios.

La recompensa por mi liderazgo era que siempre interpretaba el papel principal en el juego de fantasía. Si jugábamos a cocinita-cocinita, yo era el chef; si jugábamos a Cenicienta o Pulgarcita, yo era la atormentada heroína del cuento.

De todos nuestros juegos variados y fascinantes, mi favorito era el novia-novia. En él, tenía la posibilidad de combinar muchos elementos de otros juegos que me encantaban. Con el tiempo, el novia-novia, que al principio solo duraba unas horas, pasó a ser un acontecimiento que se extendía toda la jornada, planeado con semanas de antelación. Para mí, el punto culminante y mi momento de máximo disfrute era cuando me vestía de novia. A última hora de la tarde, por lo general después del té, mis primas mayores y yo entrábamos en la habitación de Janaki. Yo sacaba de mi bolso mi posesión más preciada, un viejo sari blanco, algo amarillento por el tiempo, que tenía el bajo rasgado y había perdido la mayor parte de las lentejuelas. Entonces comenzaba la preparación de la novia y, mediante la transfiguración que veía en el espejo resquebrajado de cuerpo entero de Janaki —el sari alrededor de mi figura, el velo prendido de mi cabeza, el colorete en mis mejillas, el carmín en mis labios y el kohl en mis ojos— abandonaba cualquier

limitación y ascendía hacia otro ser más brillante, más bello. Un ser a quien se le dedicaba ese día, alrededor del cual parecía girar el mundo, representado por mis primas, que me ponían flores en el pelo y me colocaban el *palu*. Un ser magnificado, como las diosas del cine cingalés y tamil, un ser legendario; y al igual que ellas, las Malini Fonsecas y las Geetha Kumarasinghes, yo era un icono, un grácil, benévolo y perfecto ser sobre el que se posaban, admirados, los ojos del mundo.

Aquellos días de asueto, la inocencia recordada de la niñez, ahora se tiñen con los matices del cielo crepuscular. Esta imagen se torna aún más nostálgica debido a la pérdida de todo lo asociado a esos días, debido a nuestra marcha de Sri Lanka, años después, por culpa de la violencia intercomunitaria, para forjar un nuevo hogar en Canadá.

Sin embargo, esos domingos de cuando tenía siete años marcaron el comienzo de mi exilio de ese mundo que amaba. Como un barco que abandona puerto para adentrarse en la inmensidad del mar, aquellos días tan ansiados me alejaron del puerto seguro de la infancia y me condujeron a las aguas inestables de la vida adulta.

⊙

Las visitas a casa de mis abuelos empezaron a cambiar con la llegada del extranjero de tita Kanthi, el tío Cyril y su hija, Tanuja, a quien enseguida apodamos «Su Obesidad», con esa crueldad directa tan propia de los niños.

Al principio no tuvimos ningún problema con la recién llegada. De hecho, nos pareció bastante dispuesta a aceptar que, debido a su reciente incorporación, tenía que empezar desde abajo.

En la jerarquía del novia-novia, la persona menos importante, menos incluso que el sacerdote y los pajes, era el novio. Era un papel que se nos antojaba rígido y aburrido, que no nos atraía

lo más mínimo. Es más, si hubiéramos podido prescindir de él, lo habríamos hecho, pero por desgracia era un elemento necesario en la ceremonia matrimonial. Mi hermana pequeña, Sonali, con su paciencia y buen carácter, aunque también porque intuía que se organizaría un motín si yo le pedía a otra que hiciera de novio, siempre se ponía los pantalones largos y la chaqueta andrajosa que tomábamos del baúl de mi abuelo. Pero en aquel momento se consideró pertinente que Su Obesidad asumiese ese papel y liberase a Sonali para que, por fin, pudiera ataviarse con una sábana a modo de sari y unas flores de *araliya* en el pelo, como las demás damas de honor.

Durante dos días de asueto seguidos, Su Obesidad aceptó el papel sin rechistar y lo interpretó con toda la destreza y discreción de un actor secundario. Sin embargo, al tercer día, todo cambió. Resultó que era el cumpleaños de mi abuela. Los tíos y tías, en vez de dejarnos allí y marcharse en coche como hacían siempre, se quedaron a comer con un leve deje de disgusto en la voz.

Nosotros llegamos tarde, porque el protocolo (o, mejor dicho, mi padre) exigía que *amma* vistiera con sari durante el gran acontecimiento del sexagésimo cumpleaños de su suegra. La tardanza de *amma* y su empecinamiento en que el *palu* le llegara exactamente por encima de la rodilla nos sacó a todos de nuestras casillas (especialmente a Diggy, que temía, con razón, que en su ausencia Meena tratara de convencer a los mejores miembros de su equipo para que se cambiaran de bando). Incluso yo, que por lo general adoraba el ritual de ver a *amma* vestirse, me quedé en la puerta con los demás mientras nos preguntábamos con impaciencia si alguna vez iba a estar lista.

Cuando por fin llegamos a Ramanaygam Road, todo el mundo llevaba allí casi una hora. *Amma* nos condujo al salón para que le diéramos un beso a *ammachi* y le entregáramos un regalo entre los tres hermanos. Todos nuestros tíos y tías estaban sentados. Su Obesidad estaba de pie, entre las rodillas de tita Kanthi, al lado de *ammachi*. Al vernos, me lanzó una mirada hostil y acusatoria, y se hundió aún más entre las piernas de su madre. Tita Kanthi interrumpió su conversación con tita Mala y, mirándome, sonrió y dijo en un tono tan edulcorado como el sirope de rosa sin diluir:

«¿Sabes qué me han dicho? Que nadie quiere jugar con mi niña». Yo la miré y miré a Su Obesidad, conmocionado por la mentira. Todos mis sentidos se pusieron alerta.

Tita Kanthy sacudió el dedo hacia mí y dijo con un tono alegre y burlón: «Bueno, bueno, Arjie, tienes que ser bueno con mi niña. Después de todo, acaba de llegar del extranjero». Por suerte, no tuve que responder. Me tocaba ofrecerle la mejilla a *ammachi* y, por primera vez, lo hice de buena gana, pues prefería el pinchazo del *mukkuthi* de diamante a la reprimenda edulcorada de tita Kanthi.

Tita Kanthi era la cuarta hermana en la familia de mi padre. Primero estaba mi padre, luego el tío Ravi, tita Mala, tita Kanthi, el tío Babu, el tío Seelan y, por último, tita Radha, que era mucho más joven que el resto y estaba fuera, estudiando en América. Tita Kanthi era alta y huesuda, y la que menos nos gustaba, pese a que nos acariciaba la cabeza con cariño cada vez que pasábamos por su lado o la saludábamos. Pero notábamos que por debajo de su benevolencia se escondía una ira furibunda, atemperada por la astucia, que podía acarrear consecuencias nefastas si se desataba en nuestra dirección. Una vez oí que *amma* le decía a su hermana, tita Neliya: «La pobre Kanthi está amargada por las humillaciones sufridas en el extranjero. Figúrate, querida, tener que trabajar como sirvienta en casa de un blanco para llegar a fin de mes».

Una vez que *ammachi* hubo abierto el regalo —una gran bandeja de plata—, nos dio las gracias (e insistió en volver a besarnos) y por fin nos dejaron abandonar el salón a mi hermano, a mi hermana y a mí. Su Obesidad ya había desaparecido. Salí corriendo por la puerta principal y rodeé la casa.

Cuando llegué al jardín trasero, vi que las primas estaban agachadas en el porche formando un círculo, tan absortas con lo que ocurría en el centro que ninguna oyó mi saludo. Lakshmi por fin se dio cuenta de mi presencia y me hizo señas con entusiasmo para que me acercara. Al llegar al círculo, me quedó clara la causa de tanto nerviosismo. En medio, delante de Su Obesidad, había una muñeca con las piernas largas y un pelo rubio y lustroso. Su vestido era como el de una reina hada, con una falda de gasa salpicada de estrellitas plateadas. A su lado se encontraba su homólogo

masculino vestido con un traje azul claro. Me quedé asombrado al ver aquellos muñecos tan maravillosos. Para nosotros, los primos, que habíamos crecido bajo un Gobierno que limitaba con rigurosidad las importaciones extranjeras, aquellos juguetes eran inimaginables. Su Obesidad se volvió hacia las demás primas y preguntó si querían coger los muñecos un momento. Ellas asintieron con ilusión y los muñecos fueron pasando de mano en mano. Me acerqué un poco para ver mejor. De forma involuntaria, mis ojos se posaron en Su Obesidad y ella me lanzó una mirada engreída. De inmediato, su plan se hizo evidente para mí. Con esos muñecos, mi prima del extranjero esperaba seducir a las otras primas para apartarlas de mí.

Por desgracia para ella, subestimó el poder del novia-novia. Cuando las primas terminaron de contemplar los muñecos, se levantaron y, sin mirar atrás siquiera, se apresuraron a bajar los escalones para preparar la ceremonia matrimonial. Mientras las seguía, miré triunfante a Su Obesidad que se quedó sentada en el porche abrazada a sus preciosos muñecos.

Cuando terminamos de comer, mis abuelos se retiraron a su habitación para la siesta. Los demás adultos se acomodaron en el salón para leer el periódico o dormitar en los enormes sillones. Nosotras, la futura novia y las damas de honor, nos retiramos a la habitación de Janaki para el anhelado ritual de vestir a la novia.

Sin embargo, pronto nos molestó el sonido de unas carcajadas estridentes. Al principio las ignoramos, pero como persistían y cada vez eran más fuertes y prolongadas, mi hermana Sonali se acercó a la puerta para echar un vistazo. Su leve grito de asombro nos hizo salir al porche. Allí, el novio se pavoneaba arriba y abajo, con la cabeza hacia atrás y la panza hacia fuera. Llevaba un enorme bigote puntiagudo (arrancado de la escoba) y entre los dedos sostenía un cigarrillo (hecho con papel enrollado y polvos de talco) del que daba vigorosas caladas. Las primas más pequeñas, en lugar de vestirse y darle los últimos toques al altar, se sentaron en el borde del porche y se quedaron observando la escena con gran regocijo.

—¡Ajá, queridas mías! —gritó el novio al vernos y abrió mucho la manos—. Traedme a mi bella doncella, pues debo partir a mi castillo antes de que se ponga el sol.

Nos quedamos mirando al novio, atónitos ante aquel cambio de comportamiento. Se acercó a nosotros, se detuvo justo delante de mí, me guiñó un ojo y, con la mano en mi barbilla, me levantó la cabeza.

—¡Ahh! —exclamó—. Una muchacha hermosa, muy hermosa, sí señor.

—¡Para! —grité y le aparté la mano de un tortazo—. Se supone que el novio no puede hacer ruido.

—¿Por qué? —contestó Su Obesidad con enfado, bajando la voz y el tono afable—. ¿Por qué no puede hacer ruido el novio?

—Porque no.

—¿Porque no qué?

—Porque el juego se llama novia-novia, no novio-novio.

Su Obesidad se agarró el bigote y lo tiró al suelo con dramatismo.

—Pues ya no quiero ser el novio, quiero ser la novia.

La miramos con incredulidad, sorprendidos por el desafío insolente a mi posición.

—No puedes —dije por fin.

—¿Por qué no? —preguntó Su Obesidad—. ¿Por qué tienes que ser tú siempre la novia? ¿Por qué no podemos ser también las demás?

—Porque… —intervino Sonali—. Porque Arjie es la mejor novia de todas.

—Pero si ni siquiera es una niña —contestó Su Obesidad para dar por concluido aquel argumento insuficiente—. Una novia es una chica, no un chico. —Miró a su alrededor, a las otras primas, y de nuevo a mí—. Un niño no puede ser la novia —dijo con profunda convicción—. La novia tiene que ser una niña.

Me quedé mirándola, indefenso ante su lógica.

Por suerte, Sonali, siempre leal, acudió a mi rescate. Se colocó entre nosotros y le dijo a Su Obesidad:

—Si no eres capaz de jugar como Dios manda, te vas. No te necesitamos.

—¡Sí! —gritó Lakshmi, otra de mis incondicionales.

Las otras primas, alentadas por la valentía de Sonali, murmuraron en señal de aprobación.

Su Obesidad nos miró a todos un momento y luego detuvo los ojos en mí.

—Eres mariquita —dijo con un gesto de asco en los labios.

La miramos sin comprender.

—Maricón —dijo levantando la voz ante nuestra mirada desconcertada.

—¡Un sarasa! —gritó desesperada.

Ya me había quedado claro que aquello eran insultos.

—Dame esa chaqueta —le dijo Sonali. Se acercó a Su Obesidad y empezó a tirar de ella—. Ya no nos caes bien.

—¡Eso! —gritó Lakshmi—. ¡Vete de aquí, culo gordo!

Ese insulto sí que lo entendimos todos y estallamos en carcajadas. Alguien incluso se puso a cantar: «Culo gordo, culo gordo…».

Su Obesidad se quitó la chaqueta y los pantalones.

—¡Os odio! —gritó—. Ojalá os muráis todos.

Arrojó la ropa del novio al suelo y se marchó del jardín trasero con paso airado rodeando la casa.

Retomamos los preparativos nupciales entre risillas al recordar el nuevo apodo que le acabábamos de poner a nuestra prima.

Cuando la novia estuvo por fin vestida, Lakshmi, la dama de honor, salió de la habitación de Janaki para cerciorarse de que todo estaba en orden. Después le dio la señal al sacerdote y los niños del coro comenzaron a cantar el himno nupcial desafinando un poco y cambiando la letra: «La voz que susurró sobre el edéééén, el primer día de gloria…». Bajé con solemnidad la escalera que llevaba hasta el altar, que estaba montado en uno de los extremos del jardín trasero. Sin embargo, cuando llegué a él, oí que la puerta de la cocina se abría y, al volverme, vi a Su Obesidad con tita Kanthi. El canto disonante cesó.

La sonrisa benévola de tita Kanthi se había esfumado por completo y tenía los ojos entrecerrados por la ira.

—¿Quién ha llamado gorda a mi hija? —preguntó tita Kanthi. Se acercó hasta el borde del porche.

Nos quedamos mirándola, sin atrevernos a confesar.

Su mirada se posó en mí y, por un momento, puso los ojos como platos. A continuación le brotó una sonrisa en la cara.

—¿Y esto qué es? —dijo, de nuevo con voz melosa. Descendió varios escalones y me llamó con el dedo. Bajé la vista y me negué a acercarme.

—Ven, ven —dijo ella.

Incapaz de desobedecer sus órdenes durante más tiempo, me acerqué. Me miró un momento de arriba abajo y después más despacio, como si examinara un trozo de carne cruda en el mercado, y me hizo dar la vuelta.

—¿A qué jugáis? —preguntó.

—Al novia-novia, tita —contestó Sonali.

—Al novia-novia —murmuró ella y me agarró del brazo—. Ven conmigo.

Traté de resistirme, pero me sujetaba con fuerza y me clavaba las uñas en el codo. Tiró de mí escaleras arriba hacia la puerta de la cocina.

—No —grité—. No quiero.

Algo en su mirada me aterrorizó tanto que hice algo impensable: pegarle. Eso propició que me agarrara del brazo más fuerte todavía. Me llevó a rastras por la cocina, por delante de Janaki, que levantó la vista con curiosidad, y por el pasillo hacia el salón. Empecé a sentir pesadez en el estómago. Instintivamente supe que tita Kanthi tenía en mente algo terrible.

Al entrar en el salón, tita Kanthi gritó con una voz desbordante de risa:

—¡Mirad lo que he encontrado!

Los demás tíos y tías levantaron la vista del periódico o se despertaron de su sopor. Me miraron con asombro, como si de pronto me hubiera vuelto visible, como un espíritu. Los miré y miré la cara de *amma*. Al ver su expresión, noté que mi pavor aumentaba. Bajé los ojos. El sari me agobiaba alrededor del cuerpo y los alfileres del pelo, que sostenían el velo, me pinchaban la cabeza.

De pronto, aquel silencio se rompió con la carcajada estridente del tío Cyril, el marido de tita Kanthi. Como si la hubieran golpeado, *amma* se volvió en su dirección. Los demás tíos y tías también

empezaron a reírse, y observé a mi madre, que los miraba uno a uno como un animal enjaulado. Por fin miró a mi padre y, en ese instante, me di cuenta de que era el único que no se reía. Al ver que mantenía la vista en el periódico, sentí que la pesadez del estómago comenzaba a subir hacia la garganta.

—Oye, Chelva —gritó el tío Cyril a mi padre con jovialidad—, parece que te ha salido un niño rarito.

Mi padre fingió no oírlo y, con una inclinación de cabeza, le indicó a *amma* que se ocupara de mí.

Ella me hizo una señal con la mano, me recogí los bordes del velo y hui hacia la parte trasera de la casa.

Aquella noche, de camino a casa, mis padres evitaron mirarme. *Amma* miraba de vez en cuando a mi padre, pero él la ignoraba. Sonali, que notaba mi malestar, me agarró la mano con fuerza.

Más tarde, oí que mis padres discutían en su habitación.

—¿Desde cuándo pasa esto? —preguntó mi padre.

—No lo sé —gritó mi madre a la defensiva—. Me ha pillado tan de nuevas como a ti.

—Pues tendrías que haberte dado cuenta. Tendrías que haberlo observado.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Vigilarlo mientras juega?

—Si nos sale rarito como el niño de los Rankotwera, si se convierte en el hazmerreír de Colombo, será culpa tuya —espetó mi padre—. Lo malcrías y fomentas todas sus tonterías.

—¿Que fomento qué? —preguntó *amma*.

—Eres tú quien le permite que entre aquí mientras te vistes y que juegue con tus joyas.

Amma guardó silencio ante la verdad.

De nosotros tres, a mí era al único que le estaba permitido entrar en la habitación de *amma* mientras se arreglaba para las ocasiones especiales. Yo lo consideraba una experiencia casi religiosa, pues, aunque adoraba a las diosas del cine local, *amma* era para mí la máxima expresión de la belleza femenina.